

# “IDEALES FEMENINOS”

CONFERENCIA DICTADA POR LA STA. ELVIRA SANTA CRUZ OSSA EN EL TEATRO CENTRAL DE CONCEPCION

Dormía y soñé que la vida era belleza; desperté y advertí que ella es deber.—Kant.

Era en aquella época en que a toda hora y momento se oía hablar, en Santiago, sobre la evolución de la mujer; la reciente fundación de un Club de Señoras y de diversos centros literarios conmovía los ánimos. Conferencias a favor o en contra, entusiastas adhesiones o crueles invectivas dividían la opinión; los unos veían esta transformación de la vida intelectual de la mujer con espanto, mientras los otros la exaltaban juzgándola propicia a sus intereses.

Tanto se comentó esta evolución que hasta los niños se interesaban por el trascendental problema que a diario discutían sus mayores.

—“Dime, papá”, interrogó cierta vez un rapazuelo a su padre, rico hacendado que vivía calculando el precio del trigo y del ganado,—“¿por qué todos hablan de la evolución de la mujer solamente? ¿Los hombres no evolucionan, entonces?”

Enfáticamente respondió el ricachón: —“Porque nosotros ya hemos evolucionado...”

Hoy día ya casi nadie comenta en Santiago esta evolución de la mujer; lejos de ridiculizar sus centros culturales, la sociedad los respeta y admira. Esta actitud benévola debería hacernos creer, siguiendo la lógica de aquel señor, que nosotras también hemos evolucionado.

Digo debería hacernos creer, porque yo no lo creo. Sin duda que la orientación que ayer no más buscábamos a tientas, hoy se vislumbra con claridades de aurora; que el espíritu de la mujer, sumido desde siglos atrás en soporífica inconsciencia, se abre ya a la comprensión plena y franca de todo lo que hay de grande, bueno y hermoso en la naturaleza y en el arte, en el mundo del pensamiento como en el de la acción; pero esto no me induce a creer que nuestra evolución sea completa. Lejos de eso, yo creo que recién se inicia para la mujer chilena una era luminosa y verdaderamente grande.

Si ya no se ataca como antes esta evolución feminista, no es porque ella haya puesto un límite a sus aspiraciones, sino porque en los espíritus timoratos han disminuido los recelos, y al ver cuán inofensivo resulta aquel anhelo de perfeccionamiento espiritual de la mujer, cesaron las hostilidades.

Algunas personas de criterio menos amplio y acaso más egoístas que sensatas, se muestran aún refractarias al desarrollo intelectual de la mujer, imaginando que éste podría dar como resultado la disminución del encanto femenino, el abandono del hogar, la disgregación de la familia...

La experiencia ha asegurado victoriosamente lo contrario. Si una mujer es bella, seductora, tierna, apasionada, saber leer la Eneida en el original, no le quitará ninguno de sus atractivos... Aspasia declaraba que la geometría le había enseñado a dominar mejor a los hombres...

En cambio, si la mujer es fea, fría, terca, la ignorancia, por cierto que no la embellecerá, ni la hará más deseable...

En cuanto al abandono del hogar doméstico, las pocas personas de la clase alta que gustan de él todavía, son precisamente las estudiosas, las pensadoras, las que el arte o el trabajo retiene en casa. Las otras, las que no leen, las que no estudian, las que no trabajan, están fuera de casa todo el día. Van de comederos en teatros, de visita en recepción, de tienda en peluquería: se las

ve en todas partes, menos en el hogar.

Cuando en los grandes balnearios o en los puntos de reunión social se ven legiones de mujeres ociosas errando de sitio en sitio con la cabeza vacía de toda preocupación intelectual, verdaderamente una se pregunta de qué mal, de qué peligro su ignorancia puede preaverlas ni qué ventajas reporta esa frivolidad de espíritu en la vida doméstica?

Por lo que concierne a la disgregación de la familia, ¿creo todavía alguno seriamente que la ignorancia de la madre o de la esposa contribuyen a impedirla? Si algo es capaz de volver a dar a las relaciones familiares su perdida fuerza y prestigio, es el completo desarrollo cultural de la mujer y la influencia que ella llegue a ejercer directamente sobre sus hijos y de una manera refleja sobre el marido y los hombres que la rodean.

Pero, conociendo el temple de ánimo archirrutinario de nuestros compatriotas, era lógico aquel desvío y temor por una innovación que desarraigada añejas prejuicios; la juzgaban como un desacato, como una usurpación de sus derechos naturales... Que la mujer por sí sola discurriera, formara sus juicios, adquiriera personalidad y deseara penetrar en el santuario del arte o de la ciencia, era para ellos casi una profanación.

Por lo demás y para ser justa, no sólo en



Señorita Elvira Santa Cruz Ossa  
(Roxane)

Chile sino en el mundo entero la mujer halló tropiezos en su primer anhelo de libertad y reivindicación social; esta oposición estimuló los esfuerzos que en la quietud de un acatamiento absoluto se habrían esterilizado. El grupo inicial impuso sus ideas; los estadistas modernos las discutieron primeramente, luego los respetaron y por último invitaron a la mujer a formar parte en el concierto de la civilización y del progreso.

Las conquistas de la mujer nunca se han hecho por las armas y en Europa misma no fueron aquellas furibundas feministas, aquellas sufragistas que exigían franquicias y derechos atropellando el orden y la ley, las que atraieron sobre ellas la atención y respeto del mundo. Que son las heroicas enfermeras de la Cruz Roja, las laboriosas y abnegadas servidoras de la patria en peligro, las fundadoras de orfanatos y asilos de ancianos e inválidos, las que obtendrán esas

franquicias y derechos que, exigidos por la fuerza, sólo encontraron malquerencia y desprecio. En esta evolución mundial, la mujer no se impuso por la fuerza material, sino por esa fuerza espiritual de todas las que sintiendo pesar sobre sus hombros el yugo de siglos de opresión, calladamente primero y luego en clamorosa vibración, hicieron valer sus derechos y pidieron justicia, no con el estruendo pavoroso de un cañón, sino con las únicas armas que a la mujer le es lícito esgrimir: la bondad y el amor que es caridad y es vida.

La mujer no puede falsear sus inclinaciones naturales sin arriesgar y hasta comprometer el equilibrio de sus facultades mentales. Por eso creo yo que la misión de la mujer moderna, aun cuando la ley le conceda derechos políticos y civiles, debe estar, siempre al lado de la humanidad que sufre, cerca del niño que llora y de la mujer que pide amparo.

Y cuánta necesidad de que velen por ellos tienen esos hijos del fango y de la miseria! Con qué voz tan elocuente pide auxilio su desnudez y quebranto. La esclavitud antigua jamás oprimió con garra más dolorosa, el látigo del amo nunca fué tan cruel para el esclavo como esa desesperada lucha por la vida que hoy aplasta al proletariado.

Y esta esclavitud moderna que levanta, airada protesta en los cuatro confines del mundo, en ninguna parte es más degradante que en nuestro país, porque acá la abonda la falta de instrucción y de higiene, la insalubridad del conventillo, la carencia de leyes que protejan a la mujer y al niño y sobre todo la inaudita avaricia de aquellos que acumulan fortunas inútiles.

Para que pueda florecer la fraternidad y el amor entre el rico y el pobre, entre el poderoso y el humilde, es preciso tender sobre aquel abismo social el puente divino de la caridad, que no sólo consiste en la protección material del desvalido y del menesteroso, sino que es también dignificación del trabajo rehabilitación social, acercamiento de clases, puente franco a cuyos bordes el uno tiende la mano solicitando amparo y el otro extiende sus brazos y la cobija en ellos.

La mujer moderna, la mujer consciente e ilustrada, puede realizar ese ideal de redención humana, puede disipar los odios de clases y acallar las protestas airadas del proletariado con más eficacia y mayor éxito que la acción represiva de los Gobiernos. El hombre sólo sabe juzgar con su cerebro; la mujer añade el corazón, ese corazón femenino que no debe atrofiar el saber, y que sabe suavizar tantas asperezas cuando éstas pasan por el tálamo de su innata bondad.

Nuestro pueblo es más infeliz que culpable, más ignorante que vicioso, una muestra de afecto le conmueve; la sola presencia en el hogar del pobre de una dama distinguida, aun cuando ella descienda de lujoso coche y luzca preciosas joyas, desarma al más exaltado enemigo de la aristocracia.

Los pobres son los niños grandes de la humanidad! Antes de imponerles deberes hemos de darles derechos: derecho a la instrucción, a vivir como seres humanos; démosles oportunidades en la vida, enseñémosles a respetar la virtud, a dignificar el trabajo, formémosles una conciencia y luego imponémosles deberes.

Exigir alguna retribución de ellos en el estado de ignorancia y abyección en que se encuentran hoy día sería como esperar gratitud del bebé que nos lanza al rostro el juguete que le hemos obsequiado minutos antes. Este bebé no entiende de deberes, sólo reclama derechos...

He dicho que los pobres son los niños grandes de la humanidad! Ellos no comprenden la causa de esas desigualdades irritantes de la fortuna; la vida es triste para ellos desde que nacen hasta que mueren, porque ni la luz de la razón, ni la del sol muchas veces ha llegado hasta ellos.

Con frecuencia se oye decir—por cierto, que a espíritus mercenarios y egoístas—que no hacen la caridad porque el pobre "es muy mal agradecido". Yo les respondería: "¿Y quién les ha enseñado la gratitud? En esos tugurios miserables, en esas pocilgas donde viven como animales, en aquellos basurales indignos de ser habitados por seres humanos, ¿puede ubicarse una escuela de sentimientos nobles? ¿Cómo exigir de esas naturalezas que se desarrollaron en la miseria y en el fango, los mismos sentimientos que a las que crecieron arrulladas en un ambiente de esperanza, alegría y ternura?"

No olvidemos que en Chile la civilización se ha detenido en las capas superiores... Tras ese lindo telón de boca que nos muestra ante el mundo como una nación refinada, artística e intelectual, se esconde la más abyecta barbarie, barbarie que no es la del selvático aborigen, sino la del habitante del conventillo, del analfabeto que vive en el muladar urbano sin otra libertad que la de la embriaguez y la del vicio.

Esto no lo comprenden ni lo saben los espíritus egoístas, pero sí lo debe saber y comprender la mujer moderna, protectora por solidaridad y por instinto de los oprimidos y de los débiles.

Ayer no más ella era también juguete de otras voluntades y esclava de su propia ignorancia.

Su intromisión en las actividades culturales y sociales no ha de servirle, pues, de vanagloria o de estéril orgullo, sino que aportando mayor inteligencia y comprensión en su misión caritativa, ésta por fuerza ha de resultar más amplia, magnánima y fecunda.

Sin incurrir en falta de patriotismo, yo considero que la mujer consciente no puede desentenderse ya de los problemas trascendentales que conmueven al mundo.

Asistimos hoy día a una descomposición, mejor dicho a una disgregación del antiguo mundo, de sus costumbres y de sus principios; caen las monarquías y las democracias triunfan; la evolución del mundo civilizado va hacia la igualdad política y civil de todos los individuos. En esta transformación de nuestras viejas costumbres, ciertos ángulos falsos del edificio social desaparecerán y los prejuicios antojadizos, las desigualdades irritantes, las luchas de clases, las injusticias sociales caerán como hojas secas para reconstruirse bajo distinta forma.

A medida que el horizonte despeje lo que en nuestras sociedades hay aún de injusto y arbitrario; a medida que desaparezca todo aquello que no sólo está en pugna con las justas aspiraciones de cada individuo, sino también con el dogma evangélico de la fraternidad universal, todo lo veremos con mayor verdad y justicia y acaso entonces sintamos con mayor intensidad que antes las responsabilidades y los deberes que aún a costa de sacrificios le incumben a la mujer.

La sociedad femenina debe concordar con las nuevas oportunidades de la vida moderna, equilibrando de una manera sensata las obligaciones de su estado con las que la humanidad impone hoy día a todo ser consciente.

Sin invadir los dominios del hombre, ni ofuscarse con ilusiones igualitarias,—lo cual nos daría penosas sorpresas,—la mujer tiene en Chile una labor social inmensa: a ella le corresponde atar un lazo simpático con nuestras democracias mediante sus instituciones de caridad, sus "Centros catequistas", sus "Sindicatos de obreras"; es ella la que debe suavizar el odio de castas elevando el nivel moral y social de la clase media; prestando su decidido concurso a toda iniciativa cultural, sin mezquindades ni estrecheces de criterio y alentando en todo momento el anhelo tan legítimo en toda criatura humana de aspirar a un porvenir mejor, a una mayor justicia social.

También puede ella, aunque no participe directamente en el Gobierno, ni tenga cátedra, ni formé en desfiles, sacudir la culpa-

ble inercia de los hombres dirigentes del país, pidiendo ante todo la reforma de ese antecuoado Código Civil, que en memorable conferencia trató la señora Isabel Irrarrázaval de Pereira, de "incivil", conjunto de injusticias para la mujer, y que yo me atrevería a calificar de cómplice culpable de la ignominiosa esclavitud moral y económica de la mujer chilena, y luego también puede ella exigir medidas que atenúen la ignorancia y miseria moral de nuestro pueblo, mostrándole los estragos que produce el alcoholismo, las plagas que minan la raza y tantas otras calamidades que la mujer en su caritativa misión ha conocido y que no puede remediar sin el apoyo de esas leyes cuya dictación está a merced de rencillas partidarias, de intransigencias doctrinarias o, peor aún, de ambiciones y compromisos electorales.

Nadie puede negar ya a la mujer el derecho de interesarse en las cuestiones sociales que agitan al mundo... Pero, señoras mías (y esto es de suma importancia si queremos hacernos valer como entidad social), para que los hombres nos perdonen la intromisión que en el campo de las letras y de las artes, en el periodismo, en el teatro y en las academias estamos efectuando, es preciso convencerles, prácticamente, de que la mujer en su evolución científica no pierde sus atributos femeninos, ni sufre **chifaduras**...; que, por el contrario, aquel despertar de la mente aletargada la hace más comprensiva, más humana y sobre todo más consciente... **Más consciente**...; hé ahí a mi juicio la condición fundamental y en su defecto el mayor obstáculo para que la decantada evolución feminista, tenga resultados provechosos...

Somos tan inconscientes... no sabemos lo que queremos ni por qué lo queremos; hoy nos entusiasma una teoría que mañana despreciamos por otra que nos deslumbra; en una hora de audacia negamos y en otra afirmamos lo negado; hasta la verdad suele ser para algunas tan variable como su propia sensibilidad. Nuestro espíritu, de suyo minucioso, se detiene en el detalle pueril antes de atender al conjunto, dejando todo a merced de una interpretación estrecha y literal. Hacemos miles de proyectos y programas que luego abandonamos... "porque sí y porque no da la gana..."

Yo creo que aquella estúpida inconsciencia de nuestros actos, este continuo vaivén de la sensibilidad femenina, es la causa primordial por la que el hombre no nos toma en cuenta todavía como personalidad moral, celebra nuestras evoluciones como gracias de niños precoces o las comenta canturreando irónicamente: "La donna é mobile".

Tiempo es ya de sacudir la rutina de esas existencias de molde que se apoyan en ideales ficticios o en la fuerza de hábitos gastados por el uso y que ya no concuerdan con las necesidades de la vida moderna.

Para ello es preciso que la mujer en plena conciencia de sus actos, mire la vida cara a cara... sin que un exagerado idealismo falsee su criterio o la transporte fuera de la desnuda realidad, lejos del menesteroso, del humilde o del desvalido, encerrándola en la torre de marfil de una egoísta y estéril contemplación.

"En las sociedades modernas el que no construye, destruye; y el que no trabaja, estorba", dice un conocido axioma. Por eso considero yo que el dejar a un lado todo lo demás y vivir únicamente de ideales y dedicada al propio desarrollo intelectual, sin pensar que cerca de nosotros se debate y agoniza una humanidad doliente, es tan reprehensible como el no preocuparse para nada de la vida espiritual.

Yo quisiera que hubiera algo más razonado, de más pensado en la dirección que la mujer chilena da hoy día a su vida intelectual; que hubiera más firmeza y sinceridad en sus convicciones, mayor discernimiento en sus entusiasmos literarios, más amplitud en sus apreciaciones, más método en sus innovaciones sociales.

A mi juicio, la mujer consciente, la mujer de espíritu cultivado, debe apoyar sus opiniones sobre sólida e imperecedera base, conformando sus actos con la doctrina que profesa, con la sana moral que prgora y dominando su excesiva sensibilidad por medio

del orden y de la reflexión. Sólo entonces podrá ella medir el verdadero alcance de sus palabras y asumir la reponsabilidad absoluta de sus actos.

VI

Señoras y señores que con tanta benevolencia me escucháis, comprendo que debo terminar ya: he fatigado demasiado vuestra atención y temo haber defraudado vuestras expectativas. Tal vez vinisteis aquí creyendo que la cronista social, que Roxane, os iba a entretener un rato con asuntos a-gregos salpicados de malicia, y en cambio, sólo os ha hablado de responsabilidades y deberes.

Sin duda que pude escoger un tema ligero, salpicado de risueñas imágenes, figuras poéticas o anécdotas picarescas que hubieran provocado entusiastas aplausos y acogedoras sonrisas.

Si yo hubiera considerado a la mujer como juguete de lujo, como la odalisca somnolienta de antaño, bien colocadas hubieran estado esas amenas referencias a paseos y diversiones sociales. Pero ante un público femenino que se congrega en nombre de la caridad, ante un grupo de damas fundadoras de Hospitales y Casas Protectoras de la Infancia, ante una sociedad que yo considero culta, ilustrada y capaz de comprender la misión que en este siglo le corresponde a la mujer, no debía yo, en aras de una culpable vanidad, acudir a esos recursos trillados, de un efectismo que provoca fáciles aplausos.

Vosotras como yo, señoras, habéis sentido la transcendencia, la gravedad de la hora presente.

### "IDEALES FEMENINOS"

Vuestras instituciones de caridad: la Protectora de la Infancia, el Hospital de Niños, la Gota de Leche y la Cruz Roja, evidencian tencia; luego vendrán los centros catequistas y los círculos obreros, que borran los odios de clases; las academias culturales que distraen el espíritu femenino de los pueriles afanes del tocador y de la excesiva coquetería y dan mayor consistencia y solidez a la vida espiritual.

Entramos en un nuevo período histórico, período de agitación y de lucha, durante el cual la humanidad necesitará, sin duda, del activo concurso femenino. La incorporación de la mujer a la vida política de los pueblos es inevitable. tarde o temprano la invitarán a cargar sobre sus hombros esos gráciles hombres que disimulan el dulce jugo bajo envases y pedrerías, la pesada carga de responsabilidades y deberes que el nuevo orden social le imponga. Por eso he considerado, señoras, que la hora presente no era de frivolidad ni de lirismo o bellas imágenes poéticas, sino más bien hora de preparación, de gravedad y seria preparación, hora de imitar el ejemplo de nuestras hermanas de Occidente, cuyo heroísmo y portentosa abnegación les ha conquistado el sitio que merecen en el concierto universal.

Las conquistas de la mujer nunca se hicieron por las armas, hemos dicho ya: su misión es de paz... Su gesto instintivo desde que nace hasta que muere es el de extender los brazos para estrechar y consolar en ellos todo dolor humano. La adquirida cultura, los conocimientos científicos, las prerrogativas políticas y civiles en ningún caso han de servir a la mujer como armas de combate, sino como poderosos contingente para hacer el bien con mayor inteligencia y cordura.

Si la evolución intelectual de la mujer se el deseo de darle un fin utilitario a la existencia las fuentes de su bondad, muy pronto el mundo renegaría de ella y la humanidad sería mil veces desgraciada que antes.

Aún si pide y reclama libertad y justicia no ha de exigirla con alardes sufragistas, sino con las únicas armas que atraerán sobre ella la admiración y el respeto del mundo, con las únicas armas que a la mujer le es lícito esgrimir: con la bondad y el amor que es caridad y es vida.

ROXANE.

Abril 26 de 1920.